

un lecho aurífero, habrá lentejuelas de oro sobre la superficie.

Nada prueba, añadió sin reirse, que este medio no sea excelente....

—Es magnífico vuestro Benito! exclamó la marquesa.

—Graciosísimo! graciosísimo! murmuraron por todas partes.

La marquesa añadió inclinándose hácia su vecina:

—El vizconde tiene un modo de contar!....

—Inimitable, señora!

—Creo, concluyó la marquesa, que mi hija será dichosa!

—Cómo podría ser de otro modo, hermosa dama? murmuró el anciano general O'Brien, que se inclinó riéndose con amabilidad; cómo no ser feliz con un hombre que cuenta tan bien sus historias?

—Maligno hablador! dijo la marquesa.

Luego todo el mundo se calló para dejar hablar al narrador.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

III

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ENCUENTRO.

El Sr. de Villiers prosiguió:

—Estamos en la pradera. El gran novelista americano os ha hecho conocer esas llanuras inmensas del Nuevo Mundo. Nada tengo que deciros de nuestro viaje ecuestre, sino que fuimos cazados dos veces por los Sioux á caballo, y que vimos de léjos, una noche, un incendio que parecia cubrir muchas leguas de estension. Llevábamos nuestros víveres: la caza es bastante abundante en esos parajes.

Benito me decia muchas veces:

—Si pudiera siquiera trasportar algunas

30128

leguas de este terreno al pié del montecillo de Montmartre!

Llegamos á las montañas Pedregosas á los cincuenta y dos dias despues de nuestra partida de Baltimore. Tuvimos que dejar á nuestros pobres caballos, rendidos de fatiga, en un pequeño pueblo de *hutters*, el último que hubiese en la llanura, y atravesamos á pié la primera cadena que existe entre esas dos enormes montañas, el Pico Largo, y el Pico Tames, cuya altura se eleva á mas de dos mil toesas. Mas allá de las montañas se presenta un admirable valle, cortado en su mitad por el Rio Bravo del norte. Los nombres cesan aquí de ser españoles para convertirse en españoles: entramos en el dominio de los hijos de Cortés.

Hijos degenerados que no han conservado de las grandes pasiones de la vieja España mas que la avaricia ardiente é insaciable.

Permanecemos dos dias en Santa Fé para descansar, y luego ganamos la Sierra Verde, que era lo único que nos separaba ya de la tierra del oro.

Voy á referir desde luego nuestra primera aventura en las montañas de la California, porque ella nos pondrá frente á frente de mis buenos amigos los golden-daggers, y os revelará el origen del arma curiosa que acabais de tener en las manos.

Habiamos seguido durante ocho eternos dias bajo un sol abrasador los bordes del Rio Colorado, que acabábamos de abandonar para dirigir nuestro camino hácia la Sierra Nevada, cuyas cumbres, cubiertas de eterna y blanquísima nieve, percibiamos ya á lo léjos.

El aspecto cambiaba rápidamente en torno nuestro. El pavimento iba haciéndose mas y mas desigual, y estaba sembrado de bosques.

Bien pronto comenzamos á subir por una especie de sendero rocalloso, á la derecha del cual se precipitaba un torrente de agua rojiza. Benito se detuvo de pronto: le ví palidecer, y señalarme con el dedo, sin hablar una sola palabra, un recodo del sendero que pasaba por encima de donde estábamos.

Levanté los ojos, y quedé con la boca

abierta, no azorado, sino admirado. Dos leoncillos de las cordilleras, alegres, vivos y graciosos como unas gatos, jugaban en medio del camino.

—Son chulísimos así, de léjos, me dijo el buen Benito; pero de cerca son mucho mas grandes que un perro de Terranova, y muy capaces de despachar de un manazo al otro mundo á un padre de familia.

—Vos sois padre de familia, Benito? le pregunté.

Benito no tuvo tiempo de responderme. Un tiro de fusil resonó entre las rocas. Uno de los hermosos leoncitos pegó un brinco, cayó, se volvió á levantar, vaciló al borde del precipicio, perdió el equilibrio y fué á caer casi junto á nuestros piés. El otro leoncillo se enderezó sobre sus piés, y ganó de un salto prodioso las rocas de donde el otro habia partido.

—Preparad vuestra carabina, Benito, dije á mi criado; porque creo que vamos á tener dentro de un instante algun encuentro.

—Quién vive preguntó casi al mismo

tiempo una voz invisible, pero dotada de un fuerte acento auvernés.

—Amigo! respondí yo por casualidad.

Una descarga, que obligó al prudente Benito á tenderse boca abajo, me anunció la muerte del segundo leoncillo.

Al propio instante, una cabeza de columna se dejó ver precisamente en el lugar en donde poco antes jugaban los dos leoncillos. Formaban la columna en su mayoría hombres pequeños, robustos, y morenos como esos personajes que se ven de los bajos relieves romanos. Llevaban una especie de uniforme carmín rojo, capa ó *manga* de un amarillo con un ribete negro; pantalon de pana verde oscuro, adornado en la costura exterior con una hilera de botones y un vivo amarillo; sombrero de palma de ala inmensa, con una redecilla de lana roja. Venian armados hasta los dientes.

A distancia de unos cincuenta pasos, el gefe tendió su arma y me apuntó.

Yo no me moví, ni hice ademan de empuñar mi arma.

—Sois americanos? me preguntó en español chapurrado.

—Somos franceses! respondí.

El mexicano levantó su carabina.

—Pues bien pronto no quedará nadie en Europa! dijo con un tono de desagrado volviéndose hácia sus compañeros. Vaya que tambien los franceses vienen á injerirse.

Y dió la órden al mismo tiempo:

—Adelante! en marcha!

La tropa se adelantó hácia nosotros.

Yo me hice políticamente á un lado para dejarles el paso libre. Los vestidos de aquellos bribones, que desde lejos hacian un bonito efecto, parecian de cerca verdaderos harapos.

Cuando el gefe pasó delante de nosotros, nos dijo:

—Saludad, señores! yo soy el *adalid*.

Nosotros le saludamos, y él se guardó muy bien de tocarse siquiera el sombrero de palma que iba cayéndose á pedazos.

Eran poco mas ó menos unos treinta hombres. Casi todos traian luengas cadenas de oro, que contrastaban singularmente con sus harapos. En el centro del grupo, cuatro hombres llevaban sobre unas parihuelas un

cuerpo humano inmóbil, cuya cabeza iba envuelta en un pañuelo rojo.

—Ese hombre está muerto? pregunté.

—No tal, gracias á Dios, respondió el alferéz que cerraba la marcha. Este hombre vale cien mil pesos, como vos una peseta!

Al decir esto, puso el dedo sobre mi bota de aguardiente, que me apresuré á ofrecerle. La vació de un trago y tuvo la bondad de volvérmela. Un instante despues el *adalid* y sus soldados harapientos habian desaparecido entre las montañas.

Los dos leoncitos habian sido despojados de su piel en un abrir y cerrar de ojos. Sus cadáveres yacian en la mitad del camino.

—Si los caballeros quisieren refrescarse en mi *cot*, nos dijo una voz gutural, que partia de enmedio de un precioso bosquecillo de árboles, plantado del otro lado del precipicio, les costará solamente á cuatro pesos por cabeza, y les garantizo que serán servidos con esplendidez. . . . Los Golden-daggers me han vendido un cuarto de res que dá gusto verlo.

Un cuarto de res! Ya os figurareis, señoras, que esa sola palabra *roast beet* hace

nacer las ideas mas risueñas en el viajero hambriento que atraviesa las montañas llenas de nieve.

Inmediatamente nos pusimos á buscar un paso para llegar hasta nuestro hombre, que nos decia:

—Mi *cot* está á dos pasos de aquí. . . . me voy á reunir con vosotros dentro de un instante.

El *cot* era una horrible cabaña sucia como la de un esquimal. El *cotter* hospitalario llegó á ella casi al mismo tiempo que nosotros. Llevaba debajo de su caban de tela un objeto cuya naturaleza no pudimos reconocer.

#### IV

#### EL IRLANDES.

—Descansad como gustéis; con toda confianza, como si estuviéseis en vuestra casa! nos dijo el *cotter* entrando á la pieza principal para pasar al chiribitil que le servia de cocina.

Bien pronto sentimos un excelente olor de asado.

—Quiénes son esas gentes que acabamos de ver! le pregunté.

—Son los vecinos de Sonora, señor, contestó nuestro huésped, desplegando toda la riqueza de su acento irlandés. El año pasado se han llevado á mi muger, pobre

criatura!..... me costaba tanto trabajo alimentarla!....

—Sonora está muy lejos de aquí?

—Tienen ellos las piernas muy largas.... pero percibís ese olor del asado: caballero?..

Las narices de Benito se hinchaban de ánsia y de deseos. ?

—Y qué vienen á hacer aquí esos vecinos? volvió á preguntar.

—Lo que los golden-daggers van á hacer á México, señor..... Me he informado con ellos, no hace un momento, de mi pobre Peggy. Era una carga pesada!... Su nuevo marido es aquel moceton trigueño que llevaba uno de los extremos de las parihuelas!.... Dios sabe cómo han hecho para coger vivo al mayor!

—Quién es ese mayor?

—El que iba sobre las parihuelas.... ó el diablo mejor dicho, señor.... El nuevo marido de mi pobre muger me ha dicho que me la devolvería cuando fuera vieja.... es justo y cristiano eso, señor?

Y salió de la cocina llevando cuatro ó cinco enormes tajadas de carne asada, sobre un plato de madera.

—Comed, señor caballero, nos dijo; comed con toda confianza!

Le dimos una vigorosa entrada á la res vendida por los golden-daggers. Yo tengo los dientes fuertes; en cuanto á Benito, comería pellejo de caballo! Sin embargo, todos nuestros esfuerzos para masticar aquella carne californiana fueron radicalmente impotentes.

Nuestro huésped nos consideraba con el rabo del ojo, y platicaba á mas no poder.

—Si los caballeros han venido para buscar oro, les daré un consejo.... me atreveré á recomendarles que suban hácia el norte.... Aquí el país no vale nada.... nada! nada!.... Apenas puedo ganar mi pobre vida!

—Pero qué diablos es esta carne! exclamó Benito desalentado por la inutilidad de sus esfuerzos para masticarla.

Yo ya habia hecho a un lado mi plato.

—Es carne de res! respondió graciosamente el irlandés; y de buena res!.... un poco dura porque le ha caído la helada de estas últimas noches.... Sí, sí, señores, el país es crudo.... no hay nada qué ha-

cer.... Yo habia hallado sin embargo, un buen rincón.... habia establecido mis límites en torno de mi *posicion*, y enviado mi noticia á Monterey.... Yo era propietario del terreno, tan cierto como que nosotros los irlandeses, pobres criaturas, hemos nacido para sufrir acá en el mundo!.... Pero los golden-daggers vinieron... y han escarbado el suelo.... dejan la arena, pero se llevan el oro!.... Que Dios recompense á cada cual segun sus méritos!

Benito arrajó dos pesos sobre la mesa en el momento en que yo me levantaba.

—Si se pagara tu buey segun sus méritos, buen picaronazo, le dijo, recibirias de ribete una buena entrada de palos!

El irlandés se embolsó los dos pesos y exclamó.

—Ay! señor mio, Jesus!.... quien hubiera podido creer que sus mercedes no quedarian contentos!.... una carne de res tan escelente!.... dadme los otros seis pesos caballeros, no perjudiqueis á un pobre infeliz! Mirad! si me dais los otros seis pesos.... y es muy poco por semejante comida! os enseñaré el modo de atravesar la

montaña sin encontrar á los golden-daggers!

Benito llevaba la mano al bolsillo. Yo le detuve, con un gesto.

—Por el contrario, le dije al irlandés; tengo curiosidad de ver de cerca á los golden-daggers.... Te daré tus seis pesos si me enseñas el camino mas corto para llegar á ellos.

El irlandés retrocedió hasta la puerta de la cocina.

—Curioso! repitió; curioso!.... No quisiera decirle al señor que tiene al diablo en el cuerpo.... No sabeis que los golden-daggers se cuidan tanto de la vida de un hombre como de las cáscaras de fruta que se comieron el año pasado!.... Teneis deseos de ver cómo os cuelgan de un árbol!... ó cómo os arrojan desde lo alto de una roca! ó cómo os hacen cuartos, si como lo creo están furiosos por la pérdida del mayor.... No! no! por Dios que no os enseñaré ese camino.... eso no lo haria nunca un cristiano.... á menos que no me deis doce pesos, ni un tlaco menos!

Benito hizo un gesto de enérgica negativa; pero yō puse los doce pesos sobre la mesa.

—Que Dios proteja á sus mercedes! exclamó el irlandés. A los que tienen la idea de ahogarse, no debemos ocultarles la orilla del río!... Vais á tomar el sendero por donde los vecinos han bajado!... á quinientos pasos de aquí, hallareis una gran encina partida por el rayo.... Torced á la derecha, y seguid la barranca que vereis estenderse por entre dos rocas, seguid por ahí hasta un lugar en donde la liana roja cesa de crecer sobre las peñas.... entonces ireis á la mitad del camino. Torced otra vuelta á la derecha, y subid por la falda del monte tan rectamente como podais. Si llegais á los límites de la nieve antes de la caída del sol, podreis ver la humareda de la gran cabaña.

—No os escito á que descanséis en mi pobre choza á la vuelta, dijo moviendo la cabeza con tristeza. seria inútil; pero no podreis decir á lo menos que no se os advertido lo bastante!... Los que suben hasta allá no bajan jamás.... Que Dios

proteja á vuestras señorías.... yo voy á rogar por el descanso de sus almas!

Y cerró su puerta.

En el recodo del sendero hallamos el segundo leon matado por los vecinos. Nos Fué facil entonces ver en dónde el irlandés tomaba su provision de carne de res. Dos lonjas de carne le faltaban á uno de los cuartos del leon. Una carne de res tan excelente.

—Qué de veras tendríais la ocurrencia de ir á hacer una visita á esos golden-daggers? preguntó Benito, no sin cierta inquietud.

—He venido para verlo todo, respondí; si quereis quedaros aquí, yo iré solo!

Acababámos de pasar la grande encina hecha pedazos por el rayo. A nuestra derecha se estendia una barranca profunda y sombría como la entrada de una caverna.

Benito titubeó un instante.

—Bah! dijo al fin, puede uno arrojarse con todo el mundo, escepto con la policía... Adelante!

Ese bribon de Benito habia adquirido decididamente un gran partido entre los

convidados de la marquesa. Todo el mundo se había sentado, escepto el vizconde Enrique y el Sr. Jorge Leslie.

Pero que este último estuviese sentado ó en pié poco importaba; nadie ponía cuidado en él. Elena misma no podía verlo, porque el anciano general O'Brien se había venido á colocar detrás de su silla.

Jorge Leslie, por lo demás, parecía profundamente interesado por la narracion del vizconde. La escuchaba con una atencion religiosa; y dos ó tres veces la enérgica expresion de su rostro había cambiado.

Puesto que ese Sr. Jorge Leslie había vivido tambien en esas regiones de la América occidental, no debemos admirarnos del interes que despertaba en él la narracion del vizconde.

V

LA LEYENDA DE LOS GOLDEN-DAGGERS.

Sin pretender marcar los pasages que habían particularmente conmovido al Sr. Jorge Leslie, diremos que en el momento en que el Sr. de Villiers había hablado de ese personaje designado con el título del mayor, que los vecinos de Sonora se llevaban sobre unas parihuelas, con la cabeza envuelta en un pañuelo de seda rojo, el Sr. Leslie bajó los ojos, mientras una tinta escarlata matizaba sus megillas.

—Tengo miedo de fastidiaros, señoras, se interrumpió el vizconde con una orgullosa modestia.